



MARIO MILLÁN-FRANCO | LUIS GÓMEZ-JACINTO | MARÍA ISABEL HOMBRADOS-MENDIETA | GLORIA KIRWAN
CHARIS ASIMOPOULOS | SOPHIA MARTINAKI | AGGELIKI PAPAIOANNOU | ISAAC ENRÍQUEZ PÉREZ
SANTIAGO CAMBERO CAMBERO RIVERO | MARTA GARCÍA ROMERO | DOMINGO CARBONERO MUÑOZ
ANA BELÉN CUESTA RUIZ CLAVIJO | NEUS CAPARRÓS CIVERA | CECILIA SERRANO-MARTINEZ

La necesaria simbiosis entre el Trabajo Social y el desarrollo regional: formación y perfil profesional para la intervención social en el territorio

The necessary symbiosis between Social Work and regional development: training and professional profile for social intervention in the territory

Isaac Enríquez Pérez*

* UNAM. isaacep@unam.mx¹

Abstract:

Through this article, claiming the relevance of the exercise of interdisciplinarity, a theoretical/methodological strategy is exposed to venture into what we consider as a relationship or reciprocal incidence between the discipline of Social Work and the theory and politics of regional development. At the same time, it is recognized that there can be two-way complementarities and links between the two, since the Social Worker requires –in their training and professional practice– development studies and other knowledge and tools that help to inscribe and contextualize the social issue and its problems in the territory, as a sociohistorical construction endowed with an unbalanced and uneven dynamics that merits the promotion, participation and social intervention exercised by this professional. It is precisely these actions, skills and abilities that will help you to contribute - after taking advantage of your solid theoretical / methodological and instrumental training - in the design and adoption of local / regional development projects that require awareness of social problems, as well as from a dialogue with other professionals and specialists.

Keywords: Social Work, territory and policy of regional development, interdisciplinarity, local/regional development projects, social intervention.

¹ El autor es Sociólogo con un Posgrado en Historia del Pensamiento Económico y un Doctorado en Economía del Desarrollo; Académico en la Universidad Nacional Autónoma de México, miembro del Sistema Nacional de Investigadores (CONACyT) y seleccionado como Investigador Junior por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Temas de especialización: estudios sobre el desarrollo, políticas públicas, funciones del Estado en la dialéctica desarrollo/subdesarrollo, organismos internacionales, economía política internacional. Su último libro se titula *Las estrategias de desarrollo y los avatares de la planeación nacional: un estudio sociohistórico para la reconstrucción de un paradigma perdido en las políticas públicas mexicanas*. Ponemos a disposición de los lectores la siguiente dirección electrónica para sostener un intercambio de ideas sobre el tema: isaacep@unam.mx

Resumen:

A través del presente artículo, reivindicando la relevancia del ejercicio de la interdisciplinariedad, se expone una estrategia teórico/metodológica para incursionar en lo que consideramos como una relación o incidencia recíproca entre la disciplina del Trabajo Social y la teoría y política del desarrollo regional. A su vez, se reconoce que entre ambas pueden suscitarse complementariedades y vinculaciones bidireccionales, pues el Trabajador Social requiere –en su formación y ejercicio profesional– de los estudios sobre el desarrollo y demás conocimientos y herramientas que contribuyan a inscribir y contextualizar la cuestión social y sus problemáticas en el territorio, en tanto construcción sociohistórica dotada de una dinámica desequilibrada y desigual que amerita de la promoción, participación e intervención social ejercidas por este profesionista. Son precisamente estas acciones, destrezas y habilidades las que le ayudarán a contribuir –tras aprovechar su sólida formación teórico/metodológica e instrumental– en el diseño y adopción de proyectos de desarrollo local/regional que precisan de una *sensibilización* respecto a los problemas sociales, así como de un diálogo con otros profesionistas y especialistas.

Palabras clave: Trabajo Social, territorio, teoría y política del desarrollo regional, interdisciplinariedad, proyectos de desarrollo local/regional, intervención social.

Article info:

Received: 20/03/2020 / Received in revised form: 23/06/2020

Accepted: 25/06/2020 / Published online: 01/06/2020

DOI: <http://dx.doi.org/10.5944/comunitania.20.3>

1. Introducción

La estructuración del territorio adquiere una relevancia inédita en el contexto de la intensificación de los procesos de globalización puesto que son los espacios locales/regionales aquellas dimensiones geográficas y sociohistóricas donde se materializan y concretan buena parte de los fenómenos relacionados con la transcontinentalización de las relaciones sociales; al tiempo que en esas escalas es posible crear las condiciones para diseñar y adoptar las políticas públicas necesarias que faciliten la intervención social para la resolución de problemáticas específicas. Es el territorio esa construcción social e histórica que se configura y delimita a partir de las relaciones de poder y de la intergénesis –no siempre exenta de contradicciones– que se suscita entre la endogeneidad y los factores exógenos; es –además– esa dimensión geográfica y sociohistórica de la realidad la que materializa y le otorga forma y sentido a la dialéctica desarrollo/subdesarrollo. El estudio y la intervención, tanto en el curso del proceso de desarrollo como en la construcción del territorio, no es monopolio exclusivo de alguna disciplina académica o profesional como lo puede ser la economía en el primer caso, o la geografía en el segundo, sino que precisa del concurso de múltiples miradas y de una *sensibilidad interdisciplinaria* que lo mismo

incida en el oficio de la investigación como en el diseño y ejercicio de proyectos de desarrollo local/regional. A ambas labores está llamado el profesional del Trabajo Social para desplegar un papel protagónico en diálogo constante y creativo con otros profesionistas de distinta formación universitaria y perfil laboral.

Reconocido lo anterior, es necesario esbozar algunas preguntas que vertebraron el presente documento; a saber: ¿Qué es el desarrollo regional? ¿Cuál es la utilidad de los estudios regionales para la formación de los Trabajadores Sociales? ¿Cuáles son esas temáticas desprendidas de los estudios regionales y que se relacionan de manera estrecha con el perfil profesional del Trabajador Social? ¿Por qué es importante para el Trabajador Social estudiar las dimensiones territoriales y acercarse al desarrollo regional? ¿Cómo se relaciona el estudio y ejercicio profesional del Trabajo Social con la planeación e intervención social en el proceso de desarrollo local/regional? ¿De qué manera puede posicionarse una profesión como el Trabajo Social ante el proceso de desarrollo regional? ¿Cuál es la formación escolar y el perfil profesional que precisa el Trabajador Social para intervenir en los fenómenos territoriales y para desplegar diálogos interdisciplinarios con otras profesiones? Planteadas estas preguntas, es posible precisar que el objetivo principal de nuestra investigación consistió en posicionar algunos argumentos que permitan reconocer la contribución que puede derivarse de los estudios regionales para la formación profesional del Trabajador Social y, a su vez –en una lógica bidireccional–, la manera en que las actitudes y aptitudes de este estudioso y profesionista pueden contribuir, de manera valiosa, a la hora de diseñar y ejercer proyectos de desarrollo local/regional, en especial cuando se trata de grupos de trabajo interdisciplinarios.

Aunado a estos argumentos previos, planteamos una premisa fundamental en esta investigación: se carece de literatura que relacione la teoría y política del desarrollo regional con el perfil profesional de la disciplina del Trabajo Social. Es más, queda la impresión de que los cursos y seminarios de desarrollo regional fungen como un mero apéndice que simplemente es obligatorio impartir o aprobar, omitiendo –con intención o sin ella– la relevancia de los fenómenos territoriales para las relaciones o estructuras sociales y las problemáticas que le son consustanciales; y dejando de lado las valiosas contribuciones que los Trabajadores Sociales pueden hacer a estos estudios y a las estrategias de intervención en el territorio. De ahí que uno de los propósitos del presente texto sea también didáctico/pedagógico, orientado a las nuevas generaciones de Trabajadores Sociales en formación.

2. Una primera aproximación a los estudios sobre el desarrollo regional y su relación con la profesión del Trabajo Social.

Estudiar el desarrollo regional amerita posicionarnos en los debates y teorizaciones relativos a la dialéctica desarrollo/subdesarrollo, distinguiendo las dimensiones fácticas del desarrollo como proceso de aquella otra dimensión político/ideológica

que tiende a construir una retórica y un *deber ser* que orienta cursos de acción y decisiones en materia de políticas públicas (sobre este doble carácter del desarrollo véase Enríquez Pérez, 2010 y 2017).

En principio, si definimos al desarrollo como un proceso sociohistórico excluyente, disruptivo, conflictivo y dialéctico que supone transformaciones sociales a partir de mecanismos deliberados de intervención y que se orientan –sobre todo en su faceta ideológico/política relacionada con la planeación– a controlar, perpetuar y a hacer funcionales las desigualdades sociales e internacionales, es preciso tomar en cuenta que para lograr un estudio más acabado de su naturaleza requerimos –como estrategia metodológica– varios ejercicios: a) acercarnos a la comprensión de las especificidades y rasgos *sui generis* que adopta este proceso en las naciones subdesarrolladas; b) remitirnos a la interpretación del sentido de la acción social ejercida por los actores y agentes socioeconómicos y políticos que intervienen en la definición de los problemas públicos y en la configuración de la agenda pública a través de la planeación; y c) colocar como telón de fondo las transformaciones estructurales y organizacionales experimentadas por el capitalismo –tanto en las economías nacionales como en el ámbito de la economía mundial–, sin dejar de lado su lógica contradictoria, cíclica, asimétrica, estratificada, polarizada y polarizante del territorio y de las relaciones sociales.

Lo anterior significa que el estudio de la dialéctica desarrollo/subdesarrollo requiere –en un primer momento– del análisis del proceso económico a un nivel estructural (referido a las tendencias propias de la transformación y evolución general del capitalismo) y organizacional (relativo a los cambios, el comportamiento y la racionalidad de la empresa como principal unidad productiva del capitalismo). Más aún, en un segundo momento, estrechamente vinculado al anterior, se precisa del análisis de las funciones estatales, el ejercicio de la toma de decisiones públicas y las posibilidades de intervención desplegadas por el aparato de Estado en torno a la manera en que una sociedad se organiza para –desde las políticas públicas– construir los mercados y delimitar las leyes sociales propias de la distribución de la riqueza. Aunado a lo anterior, un tercer momento que ameritan los estudios sobre el desarrollo nos conduce a la necesidad de tomar en cuenta las dimensiones territoriales que le dan forma al proceso económico y a las relaciones de poder, y que evidencian la lógica distorsionada y desequilibrada que adopta el capitalismo en el ámbito de los espacios locales que configuran el proceso económico; razón ésta última que le da sentido y justificación a los estudios regionales en general y –en particular– a las teorías y políticas del desarrollo regional. Son propiamente estas últimas dos dimensiones de la dialéctica desarrollo/subdesarrollo las que también pueden justificar el papel desplegado por los profesionistas del Trabajo Social. En apartados subsecuentes ofreceremos mayores detalles sobre este tópico.

Si partimos de estos supuestos, tenemos como contexto general de todo fenómeno y problemática social una naturaleza del capitalismo signada por la desigual-

dad, las asimetrías y la jerarquización y estratificación social. Ante ello, se presenta un segundo condicionante –que por cierto justificó o le dio forma durante mucho tiempo a la identidad y ejercicio profesional del Trabajador Social– relacionado con la intervención, a través de distintos instrumentos y funciones, para definir los problemas públicos, racionalizar a la sociedad y contener la lógica desbocada y destructiva del mecanismo de mercado (todo lo cual responde al llamado doble giro o movimiento teorizado por Karl Polanyi, 2003).

Particularmente, el desarrollo regional denota estas contradicciones y asimetrías que son propias de la dialéctica desarrollo/subdesarrollo en general y que se caracteriza por una irradiación desigual, desequilibrada, irregular y heterogénea en el territorio. Allá por la década de los cincuenta del siglo XX, el destacado economista francés François Perroux (1950 y 1955) argumentó que el desarrollo y el crecimiento –en aquella época considerados como sinónimos y usados de manera indistinta desde una perspectiva economicista– no aparecen de manera simultánea en todos los lugares o espacios de una nación, sino que se presentan en ciertos polos –evidentemente locales/regionales y dotados de relaciones sistémicas– y en distintas intensidades a través de varios canales y con efectos también diferenciados y variables. De este modo, la dialéctica desarrollo/subdesarrollo no se expresa de manera homogénea en todo el territorio nacional, ni de modo uniforme y simétrico de norte a sur o de este a oeste; sino que se gesta, manifiesta y/o localiza en determinados núcleos locales o regionales (y no en todos), y se arraiga en las estructuras sociales, económicas, políticas y simbólico/culturales de esas escalas territoriales específicas, sin estar exenta de la dinámica y naturaleza del capitalismo ni de las transformaciones históricas de este modo de producción y de las sociedades en general. Esto significa que el desarrollo es un proceso contradictorio y desigual fundamentalmente endógeno, pero dotado de profundas sinergias con las facetas e influencias exógenas nacionales e internacionales que le condicionan sistémica e históricamente y que reproducen y perpetúan centros, semiperiferias y periferias al interior de las naciones. Esto es en esencia la noción que pretendemos trazar del desarrollo regional como proceso y que nos ayudará a comprender la lógica de la intervención desde las políticas públicas y los proyectos de desarrollo local/regional.

Aunque sugerimos esta estrategia teórico/metodológica para comprender las facetas de la dialéctica desarrollo/subdesarrollo y del desarrollo regional en particular, no menos importante resulta atender las contribuciones, alcances, limitaciones y referentes aportados por la ecología política, las teorías del capital social, las teorías de la interculturalidad, los enfoques del postdesarrollo y del *Buen Vivir*, y aquellas teorías de los estudios urbanos que enfatizan en lo que podemos denominar como *territorialidades emergentes*.

Como reciente campo interdisciplinario del conocimiento, la ecología política –sobre todo en sus vertientes del llamado pensamiento ambiental del Sur– es capaz de adoptar el análisis de lo regional, acercando los estudios urbanos y los estudios

rurales. Al tiempo que coloca el acento en el sentido que adquiere el caos civilizatorio, el colapso climático y las relaciones de explotación –las que ciernen el capitalismo y su clase corporativa depredadora sobre la naturaleza y sobre la fuerza de trabajo, y que tienen manifestaciones espaciales en las escalas globales y locales– y exclusión social que le dan forma a la pobreza y la desigualdad. Este enfoque teórico adquiere relevancia en América Latina con la instauración del neo-extractivismo y las luchas políticas –en el marco de la acumulación de capital– que se presentan en torno a la apropiación, reapropiación y uso del territorio, a la supervivencia, a las manifestaciones de las identidades locales, y a la dialéctica equilibrio/desequilibrio territorial/regional al interior de las naciones (entre los representantes de este enfoque teórico destacan Toledo, 2015 y 2019; González de Molina y Toledo, 2014; Leff, 2006 y 2008; Moore, 2016; Norberg-Hodge, 2019; Pengué, 2017; Alimonda, 2002).

Si bien las teorías del capital social, en su momento, fueron importantes para acercar la dimensión simbólico/cultural a la comprensión del proceso de desarrollo, es importante ir más allá en una eventual metodología que relaciona la *expertise* del Trabajador Social con el desarrollo local/regional. La noción de capital social reconoce el componente relacional del desarrollo local y la posible institucionalidad que surja de ello (Espacia, Escribano y Serrano, 2016); al tiempo que asume a la cultura como una clave estratégica del desarrollo (Kliksberg y Tomassini, 2000) que apela a esas relaciones de confianza, reciprocidad, solidaridad y asociatividad poseídas –o no– por las comunidades locales. La realidad es que este concepto –en esencia etnocéntrico y que resultó funcional a las estrategias de organismos internacionales como el Banco Mundial–, pierde de vista la lógica perversa del componente relacional del capital social, al tiempo que subsume la importancia del Estado en la vertebración de la dialéctica desarrollo/subdesarrollo. Más importante aún, para las finalidades del ejercicio profesional del Trabajador Social y el estudio del desarrollo local/regional, es la recuperación de los estudios culturales y de nociones como la de interculturalidad. Las relaciones interculturales justo remiten a identificar y comprender el carácter específico de las identidades culturales, sin caer en la tentación teórica o política de subsumir cosmovisiones, prácticas y estilos de vida diferenciados. En ello juega un papel importante el diálogo, la concertación, la integración y la convivencia entre diferentes culturas locales (para mayores detalles sobre esta noción véase Soler García, Caballero Segarra y Nogués Pedregal, 2014; una breve incursión en torno a la relación desarrollo/interculturalidad se observa en Enríquez Pérez, 2017).

Como parte de los enfoques del post-desarrollo que se cultivan desde el mundo andino, surgen y extienden en los últimos lustros los estudios sobre el llamado *Buen Vivir* o *sumak kawsay* (en idioma kichwa del Ecuador) o *Vivir Bien* o *suma qamaña* (en idioma aymara de Bolivia). Se trata de un pensamiento social crítico que reivindica la necesidad de articular y sistematizar –en espacios locales con amplias dosis de cohesión social y sentido de comunidad– proyectos alternativos de sociedad con base en la descolonización de los saberes; en el rechazo y escepticismo respecto al desarrollo como estrategia de política pública y como ideología dotada de una con-

cepción lineal, dicotómica y etnocéntrica de la historia; así como en las cosmovisiones (la pachamama, por ejemplo), las alternativas de vida, las prácticas vivenciales de resistencia, las experiencias de organización autogestiva de las comunidades autóctonas, y las luchas populares andinas y amazónicas. Comunidades éstas que concilian las especificidades culturales, los derechos humanos y los derechos de la naturaleza, con el fin de construir concepciones utópicas de presente y futuro que incentiven una transformación civilizatoria tras la configuración de alternativas al desarrollo (para mayores detalles sobre este enfoque latinoamericano véase Acosta, 2009, 2013 y 2014; Gudynas, 2014; Acosta y Martínez, 2009; Grupo Permanente de Trabajo sobre Alternativas al Desarrollo, 2011; León, 2010).

Los estudios sobre las *territorialidades emergentes*, que provienen de las teorías de la globalización, la sociología urbana, la geografía urbano/regional, la economía urbano/regional, entre otros campos del conocimiento, también brindan luz para comprender –desde el Trabajo Social– las transformaciones espaciales y su relación con la cuestión social y la dialéctica desarrollo/subdesarrollo. Nociones como ciudad global (Sassen, 1991, 2007a:b), mega-ciudades, ciudad expandida, periferias expandidas (Aguilar, 1999), ciudad dispersa (Monclus, 1998), ciudad/región o región urbano/global (Scott, 2002), megalópolis, región transnacional, región supranacional, región virtual, tecnópolis (Castells y Hall, 2001), ciudad informacional, smart city (Paskaleva 2009 y 2011), ciudades ubicuas, shaping cities (Burdett y Rode, 2018), wise cities (Coll, 2016), entre otras que son fruto todas ellas de la reestructuración del capitalismo contemporáneo, remiten a la inédita configuración de fenómenos territoriales a escala global y que gravitan en las formas de vida y la organización social de los espacios locales, así como en la planeación del desarrollo local/regional. Con esas nociones, se reconoce la relevancia que adquiere la relación dialéctica entre los espacios locales y los flujos y espacios globales. Estas *territorialidades emergentes* trascienden las políticas y prácticas convencionales de la planeación y gestión territorial; y conforman una especie de telón de fondo en el cual se despliega la cuestión social y las problemáticas que son de interés de los Trabajadores Sociales. A su vez, se precisa del ejercicio de comparabilidad entre formaciones regionales distintas, cercanas y/o distantes, en aras de comprender sus procesos de construcción y transformación.

3. La relevancia del estudio de la dimensión territorial/regional en la formación y ejercicio profesional del Trabajador Social.

¿Por qué es importante, en general, el estudio de la dimensión territorial/regional? ¿Por qué lo sería para los estudiosos y profesionistas del Trabajo Social? En principio, tanto la praxis económica como los procesos sociales se despliegan en el territorio y se irradian e insertan de manera desigual y discontinua en las dimensiones espaciales. Ningún fenómeno social y sus consustanciales problemáticas se presentan en el vacío, sino que se arraigan en el espacio y en sus expresiones territoriales y regionales; las cuales –en su conjunto– son construcciones sociohistóricas que se

definen y redefinen a la par de las relaciones sociales y de poder que subyacen en una sociedad o en su interacción con otras.

Cabe matizar que el espacio no es una percepción o representación mental e idealista ni un receptáculo envoltorio o un contenedor que se constituye en sustrato, dimensión de localización o soporte físico absoluto, preexistente, homogéneo y unidireccional de los objetos y/o fenómenos y relaciones sociales. Tampoco es una intuición expresada en objetos reales ni un reflejo subordinado de las relaciones sociales y económicas; sino, ante todo, es una dimensión estructural de la totalidad social que se entreteje históricamente a partir de que tiene una existencia propia y es productor de sociedad en la medida que le precede y le condiciona, y –de manera paralela– es producido por las relaciones sociales y sus contradicciones, mediado todo ello por una simbólica y mecanismos de socialización. El espacio pues, es construido y ocupado por la sociedad y, a su vez, está introyectado en las relaciones sociales y en las prácticas de los sujetos (sobre el debate teórico en torno al espacio y el territorio consúltase Santos, 2000; Hiernaux Nicolas y Lindón, 1993; y Montañez Gómez y Delgado Mahecha, 1998). Especialmente, Milton Santos (1986 y 2000) concibe al espacio como una dimensión relativamente autónoma, que asume una historicidad y una racionalidad o naturaleza eminentemente social y que se perpetúa más allá de la sociedad o del modo de producción capaces de configurarle; como un conjunto de objetos, sistemas de acciones y relaciones que se despliegan mediante formas y funciones modeladas con el paso de la historia, pero con una evolución desigual e insubordinada a otras esferas de la realidad. Se trata pues de una serie de formas que expresan relaciones sociales y económicas pasadas y contemporáneas, al tiempo que se erige en una estructura que se incrusta en las relaciones sociales y que detona –de manera condicionante– nuevos procesos y acciones sociales que tienden a territorializarse y a gestarse en el tiempo. De esta manera, el espacio posee una historicidad, pero a su vez perdura más allá de las transformaciones sociales y transmuta al pasado en una contemporaneidad; a la par de ello, la sociedad –al apropiarse del espacio y configurarlo a través de los simbolismos, la información y los diversos mecanismos de poder– le otorga un sentido y una dinámica, al tiempo que reconoce su carácter estructural. De esta forma, el espacio no existe sin la presencia y la praxis o la acción social desplegadas por el ser humano y sus relaciones en sociedad, pues se trata de un producto de las fuerzas productivas y de sus intervenciones, y, de manera paralela, es condición de todos los sistemas de objetos, funciones y acciones existentes.

El territorio, por su parte, tampoco es un escenario inmutable y eterno de la sociedad y del proceso económico, sino que se relaciona directamente con la posesión, las relaciones de poder y con el conocimiento, expresados a través de la delimitación de un espacio en el cual se despliega la convivencia humana. Se trata también de una construcción social y no de un vacío, y responde a los fenómenos propios de la negociación, la cooperación y del conflicto que se despliegan en el Estado, y en las cuales intervienen los individuos, los grupos sociales locales, los grupos de pre-

sión, los (contra)poderes fácticos ilegales (crimen organizado, paramilitares, movimientos guerrilleros, etc.), los migrantes y sus flujos incesantes, las empresas y demás organizaciones nacionales y/o transnacionales que –en tanto actores y agentes socioeconómicos– despliegan históricamente y a través del grado de progreso técnico su acción social, se apropian y reapropian de manera diferenciada y desigual del espacio; al tiempo que sustentan concepciones, ideologías, intereses y proyectos de desarrollo también diversos y hasta contradictorios.

Toda relación social, económica e intercultural se presenta en el territorio, y éste es cambiante y tiende al desequilibrio y a la reproducción de las asimetrías y la fragmentación que son propias del capitalismo. El territorio pues, remite a la delimitación del espacio realizada por los actores y agentes socioeconómicos y políticos desde las correlaciones de poder y los mecanismos del saber, expresando en ello una lealtad, un arraigo y un sentido de pertenencia que, en su conjunto, conforman una identidad. Como extensión espacial, el territorio está delimitado o cercado –pero permeable ante influencias exógenas– por el ejercicio de una soberanía; el afloramiento de lealtades; la apropiación –pública y/o privada– de parte de los individuos u organizaciones y su legitimación desde las instituciones; y por el ejercicio de un dominio, un control, un disciplinamiento y de una jurisdicción (para una noción más amplia véase Montañez Gómez y Delgado Mahecha, 1998; Soja, 1989; Geiger, 1996). Justo con la intensificación de los procesos de globalización/transcontinentalización/fragmentación de las relaciones sociales, la construcción histórica del territorio se ve condicionada y es resultado de la continuidad o vecindad, pero también de la integración de redes que envuelven a espacios locales distantes y diferenciados.

En el territorio se entretajan las conflictivas relaciones de poder y ambos, a su vez, asumen una dinámica espacio/temporal que reproducen lo acontecido en las escalas locales, regionales, nacionales y globales. Así, el grado de control y dominio sobre el espacio (la territorialidad) es lo que regionaliza o singulariza al territorio y arraiga en él cierta vocación y especialización productivas, entramados institucionales, y simbolismos o prácticas culturales –todos ellos específicos o *sui generis*– que le dan sentido a las formas espaciales y temporales. De esta forma, es la diferenciación y el carácter singular lo que signa la naturaleza de una región.

Es preciso evitar el generalizado reduccionismo en la construcción y manejo del concepto de región; caracterizado, comúnmente, por una ambigüedad en la medida que suele emplearse de manera indistinta por varias disciplinas. En principio, una región no es un barrio, un ghetto, una colonia o un perímetro zonal dentro de una Alcaldía o un Municipio. Si bien la región puede poseer delimitaciones político/administrativas, es ante todo un fenómeno socio/relacional que es resultado de la vocación y especialización económica, los rasgos comunes de un paisaje y de la dotación de recursos naturales en un territorio, de las relaciones de poder y conflicto y de los fenómenos y prácticas culturales y relativos a la identidad que allí se suscitan. Se trata de una forma o relación espacial dotada de rasgos de semejanza, homogenei-

dad y relativa cohesión; de un sentido de pertenencia entre sus habitantes; de una subdivisión funcional del espacio que responde a la división del trabajo y a la construcción del poder en distintas escalas, y como sistema socioterritorial se encuentra abierto a la interacción e influencia recíproca con otros territorios y regiones contiguos y/o distantes que conforman redes desplegadas en la división internacional del trabajo, en la emergencia de la cultura global signada por la diversidad, y en los *espacios globales para la toma de decisiones*, regidos todos ellos por ciertos mecanismos de regulación y por una institucionalidad también global. La región remite a un espacio geográfico particular, diferenciado, dotado de una identidad (cultural, afectiva, política, social, económica, lingüística, gastronómica, institucional, arquitectónica, paisajística, etc.), y dinámico –más no pasivo– delimitado territorialmente y que conforma una totalidad sistémica que lo mismo produce y reproduce fenómenos endógenos y, a su vez, incorpora en su evolución la gravitación ejercida por procesos y fenómenos exógenos (nacionales o internacionales), al tiempo que articula a la naturaleza y la sociedad en cierto momento histórico concreto a partir del despliegue del capitalismo como modo de producción y proceso civilizatorio que tiende a despojar al espacio de su carácter natural, pero a brindarle historicidad como parte de una totalidad. La región nos remite también a una construcción y apropiación sociohistórica del territorio y a un despliegue *sui generis* y único de formaciones sociales y del modo de producción experimentados en el pasado y en el presente, en abierta sintonía con las relaciones económicas internacionales y los procesos de transcontinentalización de las relaciones sociales que se proyectan desde lo local, pero que también le modifican. Por tanto, la región se significa por la diferenciación espacial y por el carácter particular que adoptan en ella el proceso económico relacionado con la procuración y satisfacción de los medios de vida, la correlación de fuerzas que condensan las relaciones de poder, las prácticas simbólico/culturales y los entramados institucionales que le son propios (sobre los factores que inciden en la construcción de las regiones véase Bassols Batalla, 1992; Torres Torres, Delgadillo Macías, Gasca Zamora y Enríquez Pérez, 2009).

Más aún, la región condensa una relación no siempre armoniosa entre naturaleza/sociedad/poder/proceso económico/identidad cultural; al tiempo que facilita un conocimiento amplio de la realidad con fines de intervención social.

Aquí cabe realizar una acotación necesaria: en el mundo contemporáneo, prácticamente ningún fenómeno social suscitado en el espacio local/regional se encuentra al margen de la dinámica de procesos globales que cuentan con un mayor alcance territorial. Más bien, se presenta una simbiosis diferenciada entre la globalización y los territorios locales. En este sentido, cabe preguntarse ¿qué es la globalización y cuáles son sus implicaciones en las escalas territoriales locales? Varios autores –por ejemplo Anthony Giddens, Arjun Appadurai, Roland Robertson, David Held, David Harvey, Martin Albrow, Jan Aart Scholte, Samir Amin, Ulrich Beck, Manuel Castells, Octavio Ianni y Saskia Sassen– reconocen, desde distintas perspectivas teóricas, que la globalización es un proceso histórico inédito que interactúa, incide y se inscribe

con procesos históricos de larga duración. La globalización, pues, se relaciona con la interacción entre presencia y ausencia; esto es, fenómenos sociales que ocurren en cierto espacio local impactan y/o se manifiestan en sociedades localizadas a miles de kilómetros de distancia. O bien, las relaciones sociales en general experimentan una transcontinentalización en la cual se desvinculan de sus espacios físicos y se exponen a las redes que se configuran más allá –pero con base en ciertos segmentos espaciales– de las escalas nacionales. De esta forma, la globalización es un proceso de estructuración y comprensión del mundo como un todo sistémico y diferenciado, y que consiste en relaciones virtualmente instantáneas que no son inhibidas ni reconocen fronteras geográficas y temporales, pero que sí incentivan y propician –incluso, en casos extremos, de manera radicalizada y fundamentalista– el surgimiento, reafirmación y diferenciación de identidades y lealtades tanto locales como regionales.

Con la globalización se presenta una unicidad –una comprensión y achicamiento del mundo como una totalidad orgánica–, un desanclaje (disjunture) del tiempo y el espacio; de tal modo que las distancias se desvanecen a partir de las posibilidades que abre la tecnología y el transporte; las relaciones sociales pueden ser cara a cara en los espacios locales o distantes y sin necesidad de la presencia física para que existan a partir de la interdependencia y la continuidad; el mundo se conforma en una unidad o totalidad sistémica, integrada y a la vez diferenciada, en el cual las interacciones sociales se irradian en tiempo real por el espacio. Las relaciones sociales –y sus espacios locales– ya no son aisladas, sino que se estructuran en redes espaciales que profundizan y tornan compleja la interacción entre presencia y ausencia, y que desbordan las fronteras tradicionales de los Estados, imponiendo con ello incertidumbre y cambios constantes e incesantes.

A grandes rasgos, los espacios y territorios locales, su dinámica y futuro, ya no están en función de la sociedad nacional sino de lo acontecido en la sociedad global y en la economía mundial. Más aún, el territorio se construye socialmente a partir de la simbiosis de lo contiguo y de lo distante que se presentan en escalas espaciales locales, regionales, nacionales y globales; de tal modo que lo local está en función de lo global, y viceversa. En este contexto, la interconexión y la configuración de redes transcontinentalizadas de flujos (de mercancías, dinero, inversiones, capitales financieros especulativos, símbolos, información y, sobre todo, de personas) es uno de los principales signos e imperativos de la globalización. De ahí que éste sea un proceso de re-espacialización y re-territorialización de la vida social.

Hasta aquí llegamos con esta necesaria digresión que relaciona territorio/globalización/márgenes de maniobra en los espacios locales/regionales (estas relaciones se observan en el anexo).

Para el estudioso y profesionalista del Trabajo Social es fundamental comprender estos conceptos y el carácter emergente que en el mundo contemporáneo adquieren, justamente porque remiten a relaciones sociales y a una construcción histórica.

En principio, todo fenómeno social y sus diversas problemáticas se inscriben y se arraigan, de manera dialéctica, en una escala espacial y en un territorio, por lo que el abordarlos para intervenir en ellos y perfilar sus posibles soluciones amerita desentrañar sus dimensiones territoriales y sus alcances locales/regionales. El conjunto de esos fenómenos cae en los márgenes de los estudios interdisciplinarios del desarrollo regional que lo mismo abrevan de la geografía, la historia regional, la economía urbano/regional, la economía política, la sociología, las teorías del desarrollo, la administración pública, el urbanismo, la ecología política, la economía ecológica, la llamada economía social, solidaria y popular, entre otras.

En la medida que el concepto de región funge también como una categoría mental o un instrumento metodológico para el análisis científico que ayuda a singularizar, clasificar, tipificar y diferenciar una variable o un fenómeno del resto, el Trabajador Social puede puntualizar en el carácter específico de las sociedades establecidas en cierto territorio y en desentrañar los matices de los problemas sociales que le son propios y que se distinguen de los vividos por otras comunidades humanas. De igual manera, el concepto de región facilita la posibilidad de realizar abstracciones de un territorio para estudiar los procesos y fenómenos sociales que allí se presentan; y su principal contribución metodológica consiste en delimitar y diferenciar las formas espaciales y los territorios a través de la herramienta y técnica de la regionalización, y en definir ciertas escalas territoriales para desentrañar la lógica del desarrollo desigual que se presenta a su interior y que puede abrir cauces para el ejercicio del proceso de planeación y el despliegue de la promoción y la intervención social.

Mediante la regionalización, el Trabajador Social puede contar con una herramienta metodológica procedente de las ciencias geográficas que ayuda a clasificar y tipificar a partir de componentes, procesos o problemáticas particulares y semejantes (o por grado de relación) que definen, caracterizan y singularizan o diferencian a unos territorios de otros. Del mismo modo, a través de ella es posible representar y concebir a la realidad social a partir de la construcción y apropiación del territorio y de la concurrencia en él de los procesos políticos, culturales y socioeconómicos. Los objetivos de esta herramienta metodológica consisten en conocer e inventariar los recursos potenciales y limitantes de los territorios; detonar procesos de promoción e intervención para la mejora de las condiciones de vida a partir de las ventajas y potencialidades identificados; y en diseñar y adoptar políticas públicas que respondan a las condiciones y necesidades particulares de la región. Entre los problemas socioeconómicos que es posible regionalizar para la promoción e intervención del Trabajador Social destacan la pobreza, la especialización socioeconómica, el grado de marginación, el Índice de Desarrollo Humano, y otros más. En ello apoya el uso de técnicas como los Sistemas de Información Geográfica.

La regionalización, en tanto objeto de análisis, funge como un sistema clasificatorio de componentes y procesos territoriales que se configura a partir de criterios de homogeneidad, integración o funcionalidad con la finalidad de comprender la lógi-

ca de las problemáticas sociales y sus causas. En tanto objeto de intervención remite a un proceso de delimitación, apropiación, control y ejercicio del poder político en variadas escalas territoriales que contribuyen a la gestión de los problemas sociales; y como sujeto de desarrollo se erige en un ámbito para el diseño y ejercicio de estrategias de intervención que puede ser gestionado desde los mismos actores y agentes locales. Esta herramienta metodológica –que en esencia es una representación espacial para la comprensión de los procesos y fenómenos sociales y para intervenir en sus problemas específicos– comienza con una división del territorio a partir de la manera en que las variables, componentes y procesos seleccionados se relacionan en dicho territorio y lo van delimitando y diferenciando; labores estas que se apoyan en el trabajo empírico y de campo, en el manejo de bases de datos estadísticos, y en el diseño de mapas o cartografías (para mayores detalles sobre esta herramienta véase Bassols Batalla, 2002).

¿Cómo procedería un Trabajador Social para realizar una regionalización y en qué le apoyaría esta técnica o herramienta metodológica? En principio, es necesario tener claridad respecto a la problemática social seleccionada y definirla conceptualmente; realizar una delimitación conceptual y una selección de las variables, categorías e indicadores de acuerdo al objetivo que se pretende; seleccionar el ámbito o la escala territorial (delegacional, municipal, estatal o nacional); realizar la recopilación y procesamiento de la información y de los datos estadísticos; y representarlos de manera cartográfica en un mapa a través de su procesamiento.

En este sentido, para los Trabajadores Sociales es necesaria una premisa introducida –desde el ejercicio del pensamiento crítico– por Ángel Bassols Batalla, quien es el más destacado y creativo estudioso sobre lo regional en México: los estudios regionales cuentan, por lo general con propósitos práctico/políticos, de ahí que el ejercicio de la descripción sea una fase inicial de todo el proceso que se orienta para generar explicaciones que contribuyan al planteamiento y recomendación de posibles soluciones; todo ello en el entendido de que el conocimiento de las regiones no se orienta a constatar hechos u observar ciertos fenómenos, sino que su principal utilidad radica en realizar diagnósticos de problemas y esbozar estrategias de solución a través de la planeación (Bassols Batalla, 1992: 544).

Más aún, a través de los estudios regionales el Trabajador Social podrá acercarse a la relevancia de las identidades e historias regionales y de las escalas locales que remiten a la singularidad de las formas de vida y a las maneras específicas en que se entreteje el poder en esos ámbitos; lo cual puede distar de lo visto en otras escalas espaciales de carácter más general. Justo el descubrimiento e interpretación de lo específico, le ayudará a comprender –de manera más acabada– la cuestión social y sus problemáticas.

A grandes rasgos, el ser humano no solo es un *homo sapiens*, un *homo æconomicus*, un *homo psychologicus*, un *homo historicus*, un *homo sociologicus*, o un ani-

mal político o *zoom politikon* (ζῷον πολιτικόν), sino también un *animal territorial*; y ello es justo lo que resulta preciso subrayar en esta investigación.

4. El conocimiento sobre la teoría y política del desarrollo regional en la formación e intervención del profesionista del Trabajo Social.

Aproximarnos a la relevancia de la teoría y política del desarrollo regional para el ejercicio profesional del especialista en Trabajo Social, amerita ofrecer un sucinto panorama general de la evolución del desarrollo regional en México.

Históricamente, México es un enorme territorio signado por la desarticulación, las disparidades y las desigualdades regionales y sociales que tienen raíces ancestrales y se reproducen hasta la actualidad; situación que lleva a pensar, de manera recurrente, en la existencia de tres o de varios Méxicos. A pesar de la gran cantidad de instrumentos de planeación y de políticas públicas diseñadas a lo largo del siglo XX –particularmente a partir de 1930– y los primeros lustros del XXI, estas condiciones territoriales no lograron contenerse y, mucho menos, revertirse, sino que tendieron a reproducirse y profundizarse en gran medida porque estos instrumentos de intervención están en función y responden a las exigencias de un patrón de acumulación y de una construcción de mercados que en sí mismos se tornan desventajosos y asimétricos para México por la prioridad que asume la extracción de excedentes y el socavamiento de los eslabonamientos productivos, sea en la época del predominio del *modelo de desarrollo hacia dentro basado en la industrialización dirigida por el Estado* o en el ejercicio de las estrategias de estabilización, privatización, apertura y readecuación de la regulación económica que privilegian la racionalidad de la economía mundial a través de la industrialización orientada hacia las exportaciones de manufacturas maquiladas. Sea a escala de las macro/regiones, las meso/regiones o las micro/regiones y de las relaciones entre ellas, o bien, a nivel de los municipios, las ciudades, las áreas metropolitanas y megalopolitanas, o de los territorios rurales, la desigualdad y las asimetrías socioterritoriales son persistentes al interior de esas escalas o en su interacción entre ellas.

Particularmente, en el largo periodo transcurrido entre 1934 y 1985 el patrón de desigualdad inter e intrarregional se reprodujo y perpetuó mediante una estrategia de desarrollo que privilegió –desde una política económica dotada de una perspectiva sectorial que no tuvo consideraciones territoriales ni ambientales– la industrialización (que aumentó sus niveles de producción y de generación de empleo) y subordinó y estancó principalmente al medio rural y las actividades agropecuarias tras posicionarlos en la lógica de la succión, extracción y transferencia de recursos, materias primas, población y excedentes de varias regiones a los principales núcleos urbanos del país, que vieron subsidiado con ello buena parte de sus condiciones de vida en detrimento del atraso y marginación del campo mexicano. El crecimiento industrial y la modernización de la economía nacional supuso alcanzar altos por-

centajes –hasta niveles del 6 o 7 % anual– de crecimiento del Producto Interno Bruto (PIB), pero también incentivó la concentración –en el contexto de un sistema político altamente centralizado– de la población, los recursos, las actividades económicas y los presupuestos e inversiones públicos en los principales núcleos urbanos y metropolitanos, conduciendo todo ello a desequilibrios regionales, territoriales y ambientales. Desde un principio, por ejemplo, las primeras políticas públicas que voltearon la mirada a lo regional –especialmente las estrategias de cuencas hidrológicas– se adoptaron para instaurar, profundizar y expandir las relaciones capitalistas de producción en las regiones rurales que mantenían una agricultura para el autoconsumo y de corte familiar. En tanto que hacia la década de los setenta, las políticas regionales asimilaron de manera acrítica la noción francesa de polos de desarrollo y se privilegió con ello la expansión de núcleos turísticos, petroleros e industriales/maquiladores que se orientaron, en lo fundamental, a impulsar la desconcentración de la planta productiva, generándose con ello territorios reconcentrados que reproducían los desequilibrios y asimetrías nacionales al interior de sus regiones (sobre este largo periodo véase Barkin y King, 1970; Unikel, 1975; Bassols Batalla, 1992; Garza Villarreal, 1983 y 2000; Ornelas Delgado, 1993).

Con la reconfiguración estructural, organizacional y territorial del capitalismo a escala planetaria, la *crisis de la deuda*, el agotamiento del Estado desarrollista e interventor, y la intensificación de los procesos de globalización, la racionalidad de las políticas públicas mexicanas en general –y de las políticas regionales en particular– se supeditó a la lógica impuesta por el comportamiento y la creciente integración de la economía mundial y la inserción desventajosa y asimétrica del país y de las distintas regiones a ésta. Esto es, desde 1985 hasta la actualidad, las políticas de ajuste y cambio estructural significaron para México erosionar el mercado interno que –a pesar de sus distorsiones, insuficiencias y rezagos– terminó por desarticularse con la apertura de la economía nacional y la (re)inserción desventajosa de México en la economía internacional. De tal modo que las regiones tradicionalmente rezagadas agravaron su condición, en tanto que aquellas históricamente favorecidas por la política de industrialización se posicionan, no sin contradicciones, ante el nuevo contexto mundial. Lo que continúa predominando es la desconexión de las estrategias de intervención en las regiones respecto a la política económica que, en esencia, privilegia la estabilidad macroeconómica, la austeridad fiscal, la integración de ciertos enclaves nacionales dinámicos a los mercados mundiales, en detrimento de las posibilidades de crecimiento económico y de la configuración y materialización de un proyecto de desarrollo de corte nacionalista que reivindique la toma de decisiones estratégicas y la soberanía económica. Todo ello se traduce en una fragmentación, desintegración, debilidad y desarticulación del mercado interno y de las regiones socioeconómicas, y un afianzamiento de la posición de algunas de éstas –dinámicas en su comportamiento socioeconómico– ante las demandas que imponen factores exógenos y decisiones estratégicas tomadas más allá de las fronteras nacionales en el contexto del despliegue de la formación y expansión de las *redes globales de toma de decisiones*, que lo mismo son influidas por los organismos

internacionales, el empresariado privado transnacional, los Estados hegemónicos y la nueva correlación internacional de fuerzas, las Organizaciones No Gubernamentales Internacionales, los Think Tank's y las *universidades globales*.

A grandes rasgos, la dinámica del desarrollo regional del México contemporáneo se enfrenta a las radicales transformaciones experimentadas por el papel y las funciones del Estado en el proceso económico y en los mecanismos de distribución de la riqueza. Transitando así de un Estado rector, planificador del mercado, regulador, desarrollista, promotor, financiador, inversor y propietario de medios de producción, a un sector público con funciones compensatorias, acotadas, pasivas y selectivas –e incluso nulas–, orientadas a erigirse como un estabilizador macroeconómico, un convocante, gestor y facilitador de la inversión privada y, especialmente, de la inversión extranjera directa que –asumida como palanca del crecimiento económico– financia las exportaciones de insumos maquilados; en tanto que en materia de procuración del bienestar social asume una postura neo/asistencialista interviniendo con estrategias focalizadas y compensatorias de la pobreza que pretenden “rescatar a los naufragos de la política económica” (al respecto véase Enríquez Pérez, 2016).

De esta forma, la organización del territorio y la planeación regional se enfrentan, en estas circunstancias signadas por la segmentación y dispersión territorial de las cadenas de valor y de la toma de decisiones estratégicas, a un proceso dialéctico de (re)integración transnacional/desintegración nacional de las regiones que se expresa en una desarticulación de los sistemas económicos nacionales o del mercado interno y su rearticulación o inserción fragmentada y focalizada de los territorios locales/regionales en los sistemas internacionales de producción integrada y en los encadenamientos mercantiles mundiales (para mayores detalles véase Delgadillo Macías, Torres Torres y Gasca Zamora, 2001; Delgadillo Macías, et. al., 2004; Alba Vega, 2007; Delgadillo Macías, 2008; Gasca Zamora, 2009; Enríquez Pérez, 2011).

Es este el mínimo telón de fondo que es preciso tomar en cuenta al momento en que el Trabajador Social se forma y se interesa por intervenir profesionalmente en los fenómenos territoriales o al inscribir en un contexto local/regional todas aquellas problemáticas propias de la cuestión social y que tienen relación directa con la referida disciplina. De allí una primer vertiente de la utilidad de los estudios sobre el desarrollo regional para el Trabajador Social, pues le ayudarán a comprender la naturaleza, dinámica y contradicciones de la dialéctica desarrollo/subdesarrollo en general, y de los procesos territoriales en las escalas locales/regionales. Solo a través de ese esfuerzo teórico/metodológico será posible identificar las causalidades circulares, las dimensiones y las distintas manifestaciones de las problemáticas sociales y de un sinfín de microproblemas sociales no pocas veces inmediatos e, incluso, efímeros y carentes de contexto sociohistórico en el análisis y en las acciones de intervención (véase anexo).

Más todavía, cabe cerrar este apartado señalando que la teoría y política del desarrollo regional son, en esencia, interdisciplinarias, y –a través de sus facetas– el Tra-

bajador Social podrá acceder a otros lenguajes y conocimientos de amplia utilidad que contribuirán en sus esfuerzos por comprender, explicar e interpretar la cuestión social y sus problemáticas.

5. La necesidad de integrar los estudios sobre el desarrollo regional en la construcción teórica del Trabajo Social

Si la identidad profesional de la disciplina del Trabajo Social y la justificación y legitimación de su ejercicio se fundamentó en desenvolver una perspectiva empírica para el tratamiento de la cuestión social y para desentrañar las posibilidades de intervención en las problemáticas de las colectividades regidas por la exclusión, los desafíos que enfrenta el oficio de la investigación y la misma teorización desde este campo del saber se hace más complejo con la necesidad de incorporar los estudios sobre el desarrollo local/regional y las dimensiones que adoptan las políticas públicas y los procesos de planeación orientados a los fenómenos sociales y territoriales que le son consustanciales.

Si el agotamiento del Estado interventor (del Estado de bienestar en el norte del mundo y del Estado desarrollista en el sur subdesarrollado) y su transición al “Estado mínimo” y neo/asistencialista, implicó –entre otras muchas cosas y en el contexto más amplio dado por la crisis de la política como praxis para la solución de los problemas sociales– el debilitamiento y desprestigio de las profesiones relacionadas con el estudio y tratamiento de la cuestión social, la disciplina del Trabajo Social se enfrenta a la necesidad de reformular el papel de la teoría, la representación de la realidad y los modelos de intervención en las colectividades problematizadas y atendidas por sus profesionistas.

Más aún, algunos estudiosos de la disciplina argumentan que el Trabajo Social carece de la suficiente reflexión teórica que exponga en el debate académico los esfuerzos cotidianos de sus profesionistas y el enorme e invaluable trabajo empírico realizado en sus estudios, derivando ello en la limitada incidencia para la configuración de nuevos modelos de promoción y participación social en torno a las problemáticas de las comunidades y que a su vez las posicionen de manera contundente ante fenómenos como la desigualdad. Además, se reconoce desde interior de la disciplina que prevalece en los estudios sobre el Trabajo Social un esquema de representación estático en el tratamiento de las necesidades y problemas sociales que desconoce el dinamismo de los fenómenos y sus relaciones externas, y aunque se avanza en la creación de modelos para abordar –de manera esquemática– micro-problemas temporales, ello no se hace mediante conceptos y categorías propios (sobre estos últimos argumentos véase Torres Torres, 2009).

Aunque en la disciplina del Trabajo Social abundan las acciones empírico/profesionales derivadas del ejercicio de promoción e intervención social, se carece de cor-

pus teóricos sólidos y sometidos a la validación, a la formalización y al rigor epistemológico que contribuyan a la sistematización del conocimiento académico y de la experiencia profesional forjados a lo largo de muchas décadas. Ante ello, es necesario una mayor reflexión sobre el oficio del Trabajador Social que, en sí, ejercería mediante la construcción creativa de conceptos y categorías propios dotados de una perspectiva interdisciplinaria y de una vocación por desentrañar lo específico y la evolución de su objeto de estudio, y no solo trasplantar –de manera mecánica y hasta acrítica– los conocimientos provenientes de otras disciplinas sociales como la sociología, las ciencias económicas, la administración pública, la ciencia política, entre otras. A ello pueden contribuir los estudios sobre el desarrollo y los estudios regionales en lo particular. Estas tradiciones académicas, al erigirse –en esencia– como interdisciplinarias, facilitarían la incorporación de la teoría sobre el Trabajo Social con sus miradas particulares, su sensibilidad y la riqueza de su experiencia en materia de intervención, promoción y participación social tras llegar al centro de las contradicciones sociales inmediatas relacionadas con las problemáticas familiares, la marginación y los grupos sociales excluidos, la condición de abandono, la salud pública y las epidemias, la violencia en sus distintas formas, la deserción escolar, la drogadicción, la migración, las comunidades indígenas en el medio urbano, el ejercicio de la política social, etc. Esto es, la promoción e intervención social –y demás facetas pragmáticas de la profesión– son fenómenos que es necesario teorizar y representar conceptualmente, y hacerlo a través de su expresión territorial y de su impacto en los tejidos locales/regionales puede potenciar ese esfuerzo. Ello sin descuidar la urgente necesidad de tomar el pulso o dar cuenta del carácter volátil, contingente, cambiante de unas estructuras y fenómenos sociales dotados de complejidades y expuestos cada vez más a dinámicas exógenas y globales que escapan a su propia lógica interna y a las consideraciones estrictamente nacionales.

En suma, la dimensión territorial/regional ayudará al teórico del Trabajo Social y al profesionista que realiza labores de corte pragmático a contextualizar en referentes espacio/temporales y desde una perspectiva geo/histórica la multitud de microproblemas sociales que se inscriben –e intergeneran– en/con otros problemas y fenómenos socioeconómicos, políticos y culturales de corte estructural y/o coyuntural pero con impactos duraderos en las instituciones, organizaciones, grupos sociales e individuos.

6. Las contribuciones de la disciplina del Trabajo Social en los estudios sobre el desarrollo: las actitudes y aptitudes del Trabajador Social en los proyectos de desarrollo local/regional

Los estudiosos y profesionistas de la disciplina del Trabajo Social, al realizar relevantes aportaciones empírico/pragmáticas para el tratamiento de la exclusión y la intervención en las colectividades que la padecen, pueden realizar importantes contribuciones en el diseño y ejercicio de las políticas públicas y de los proyectos que privilegian la atención a los fenómenos locales/regionales (véase anexo).

¿Qué dimensión de la realidad social o de la cuestión social es ajena a los alcances profesionales del Trabajador Social? Prácticamente ninguna vertiente de las problemáticas derivadas de la interacción de los individuos y de la relación que éstos guardan con las estructuras, instituciones y organizaciones de la sociedad queda al margen de los intereses de la disciplina del Trabajo Social y de funciones pragmáticas que le dan sentido e identidad a esa profesión. Mucho menos lo estarán de las temáticas propias de los estudios sobre el desarrollo y de las formas en que éste proceso se expresa en el territorio y en los espacios locales/regionales.

Contrario a quienes durante la década de los noventa pregonaron la muerte, la devaluación o *el fin de la geografía* y de las dimensiones territoriales tras la intensificación de los procesos de globalización, lo cierto es que la dispersión territorial a escala planetaria de la producción y de la cadena de valor tendió a unificar a esos espacios locales discontinuos pero simultáneamente integrados –mediante las prácticas de la empresa flexible que tiende a formar redes y la incidencia del conocimiento y las tecnologías de la información y la comunicación– a la lógica contradictoria de la economía global. Dicha economía, se rige por la *obsolescencia tecnológica programada* y la voracidad devoradora –como la máquina de vapor succionadora de importantes cantidades de carbón– y a grandes velocidades de conocimiento aplicado al mismo conocimiento y al proceso de producción. Al tiempo que esta nueva forma de organizar el procesos económico sitúa a la innovación y al progreso técnico para la generación de alto valor como los ejes centrales de la acumulación de capital y a los territorios locales/regionales interconectados como las dimensiones espaciales locales cada vez más necesarias y relevantes para ello y para la ubicación y localización discontinua de las fases de generación de conocimiento altamente especializado y de la producción de insumos, bienes y servicios, privilegiando las economías de aglomeración en dichos espacios a partir de la especialización flexible que aprovecha la proximidad geográfica o torna manejables la distancia y la dispersión y segmentación –bajo los imperativos de la productividad, la eficiencia y la rentabilidad– de las unidades productivas a través de las tecnologías propias de la microelectrónica y los entramados institucionales que facilitan la irrestricta movilidad y flujo de capitales, mercancías, conocimientos, información y simbolismos culturales.

Así pues, los territorios en el contexto de la globalización y de la gravitación de las redes empresariales globales son revalorados y reivindicados; y el arraigo e identidad que en torno a ello despliegan los individuos y comunidades también estará en función de la mejora del entono inmediato y cotidiano y de las condiciones de vida individuales y/o familiares. De ahí que en esas circunstancias sea planteado, como tema fundamental, la gestión de los territorios locales a través del diseño y ejercicio de proyectos de desarrollo local/regional. Los cuales, por supuesto, precisan de grupos interdisciplinarios –en los cuales el Trabajador Social puede desempeñar un papel destacado– para el análisis de las problemáticas sociales y la intervención a partir de posibles soluciones y de objetivos a futuro proyectados mediante el proceso de planeación (sobre el concepto de planeación y sus distintas aristas véase

Miklos, 2000; sobre las experiencias de planeación general en México revítese Secretaría de Programación y Presupuesto, 1985; Enríquez Pérez, 2016). Proyectos que, por supuesto, se enfrentan a la urgente necesidad de reconocer la revalorización que experimentan las identidades locales/regionales en el contexto de la oposición bipolar entre la red y el yo, entre la globalización y la identidad local o socio-territorial, que conduce a la estructuración de *culturas híbridas* (sobre esta confrontación o tensión véase Castells, 2002; Ianni, 1996 y 1999; sobre el concepto antropológico referido véase García Canclini, 1990).

Aunque resulta redundante y tautológico en sí mismo como concepto, el desarrollo local remite a un proceso dirigido, deliberado, fundamentalmente endógeno –aunque simbióticamente traslapado con decisiones, dimensiones y factores exógenos–, horizontal y descentralizado que adopta una evolución histórica y se arraiga en un lugar o en un espacio con la concertación, aprendizaje y participación –no pocas veces en condiciones desiguales, asimétricas o conflictivas– de los distintos actores y agentes territoriales, políticos y socioeconómicos que interactúan en un territorio determinado a partir de la diferenciación y de su carácter singular dado por la identidad y la vocación territorial, así como de la identificación y aprovechamiento de los factores y recursos económicos, institucionales, territoriales, simbólico/culturales. Amalgamándose, en todo este proceso, las dimensiones estrictamente locales/regionales con las nacionales y globales, así como con la esencia asimétrica y estratificada del capitalismo. Más aún, la noción de desarrollo local cuenta también con sus facetas normativo/prescriptivas que denotan un *deber ser* que se fundamenta en un discurso retórico e ideológico (para un balance más amplio y detallado sobre el concepto de desarrollo local véase Boisier, 2005; desde el análisis económico revítese Vázquez Barquero, 2005).

Esos espacios donde se arraiga un proceso contradictorio y gestionado como el desarrollo local son generalmente unidades territoriales o asentamientos humanos de menor escala, extensión o tamaño como las comunidades o localidades, los pueblos, los municipios, las ciudades medias, las micro/regiones, las regiones socioeconómicas, etc., que se encuentran interconectadas, sistémica y funcionalmente, con unidades territoriales mayores sean regionales, nacionales o internacionales en relaciones de interdependencia.

Las dimensiones simbólico/culturales, el capital social (sobre este enfoque y su manifestación en los espacios locales véase Putnam, 1993; Coleman, 1990; Kliksberg y Tomassini, 2000) y los entramados institucionales locales son reivindicados en el contexto del diseño y ejercicio de proyectos de desarrollo local. Sea en el distrito industrial del norte italiano, en los clusters norteamericanos (Porter, 1993), en las tecnópolis como medios de innovación orientados a las tecnologías de la información y la comunicación (véase Castells y Hall, 2001), la simbiosis territorio/cultura/capital social/aprendizaje colectivo resulta fundamental para comprender la manera en que se estructura el proceso económico y la distribución de la riqueza en esas escalas.

Cuando menos en lo que respecta al estudio e intervención en los procesos culturales, en la formación y acumulación del capital social –aún con todas las inconsistencias y limitaciones que este concepto puede poseer– y en el tejido institucional, el Trabajador Social se enfrenta a un enorme campo para la teorización y el ejercicio de su acción pragmático/profesional en aras de ofrecer posibles soluciones y estrategias de política en esos ámbitos.

El desarrollo local/regional adquiere relevancia en la medida que los grandes proyectos de desarrollo nacional y las políticas públicas que pretendían incentivar macrodinámicas adoptados desde el fin de la Segunda Posguerra no respondieron a las expectativas de las regiones y de las comunidades locales. Y ello se correspondió con el agotamiento del patrón de acumulación taylorista/fordista/keynesiano y del modelo industrial que le fue consustancial, así como con la crisis económica que se expresó en fenómenos sociales como la exclusión, la segregación y el desempleo masivo desde los años setenta del siglo XX. Por tales motivos, con el desarrollo local se pretende generar, endógenamente, mecanismos de defensa para contener la avalancha y el maremágnum de los procesos globales; al tiempo que se aspira a impulsar procesos de desarrollo localmente controlados por los actores y agentes territoriales.

Si el desarrollo local/regional privilegia la participación, movilización y gestión del potencial humano (con su consustancial vocación territorial y demás capacidades) que llegó a una situación de exclusión –e, incluso, de invisibilidad– con las crisis económicas y políticas de las últimas décadas del siglo XX y principios del XXI, el Trabajador Social bien puede contribuir en los proyectos referidos a ello mediante sus estrategias y técnicas de promoción e intervención social que pretendan conciliar la concurrencia de los sectores público, privado y social/organizado.

En este panorama, los espacios y territorios locales/regionales sintetizan las especificidades del lugar y de la manera en que éstas reproducen en distintas escalas geográficas los factores exógenos e, incluso, globales. Es de destacar que esas especificidades del lugar están dadas por los límites territoriales; la cultura y la identidad de la población; los valores, pautas de comportamiento y normas interiorizados por los individuos residentes; los conflictos, la correlación de fuerzas y las estructuras de poder en torno al proceso económico y la intervención del Estado en la distribución de la riqueza.

Más aún, cabe argumentar las instituciones, las organizaciones, y los actores y agentes territoriales ayudan a vincular el espacio local y el proceso de planeación; y en ello desempeña un papel relevante la organización y cohesión sociales, la cultura e identidad regional, y las posibilidades de configuración de un proyecto político local/regional que se engarce con un eventual proyecto nacional que potencie la endogeneidad, la diferenciación y las sinergias en el territorio.

Ante ello, resulta pertinente que el Trabajador Social cuente con mínimos atributos y aptitudes para realizar investigaciones sobre temáticas relacionadas con el desarrollo regional y para formar parte de equipos multi o interdisciplinarios dedicados a la planeación local/regional que remite a problemáticas sociales; a saber:

a) poseer una amplia, sólida y profunda formación teórico/epistemológica y metodológica en torno a la identificación y análisis de problemas sociales. Mediante ello será posible realizar diagnósticos territoriales; comprender el contexto nacional y mundial en el cual se inscribe el fenómeno social estudiado; identificar la vocación territorial de las comunidades; así como las necesidades y problemáticas específicas de la población objeto de estudio;

b) comprender cuando los fenómenos y problemáticas sociales en los cuales se pretende intervenir asumen dimensiones metropolitanas o megalopolitanas que desbordan las fronteras político/administrativas tradicionales;

c) abreviar de –y dialogar con– distintos campos del saber para comprender de manera crítica los conceptos y categorías que aportan para dar luz sobre la naturaleza y lógica de los fenómenos que se inscriben en el campo de observación e intervención del Trabajador Social;

d) a partir de ese diálogo interdisciplinario de saberes y conocimientos, desplegar esfuerzos teórico/académicos que contribuyan a configurar sistemas conceptuales propios sobre los estudios regionales y la manera en que la dimensión territorial incide en los problemas sociales y viceversa;

e) asunto relevante también es el evitar apropiarse de manera mecánica y acrítica de perspectivas teóricas ajenas y construidas en otras latitudes y que están en función de contextos y condiciones sociales radicalmente diferentes a las propias; y menos aún de modelos de desarrollo y estrategias de planeación e intervención que distan de la naturaleza y dinámica de nuestros problemas sociales y que responden a otras causalidades y correlaciones de fuerza y de poder, situación que nos remite a la problemática epistemológica e ideológico/política del *etnocentrismo*; y,

f) ejercer el pensamiento crítico y dotarse de la *imaginación creadora* y el cultivo del *pensamiento utópico* para representar escenarios futuros y posibles alternativas de sociedad.

Al integrarse a equipos de trabajo multidisciplinarios e interdisciplinarios dedicados a intervenir en el desarrollo local/regional a través de los procesos de planeación, el Trabajador Social –ante todo– es preciso que despliegue una labor de *sensibilización empática y compenetradora* en torno a las problemáticas sociales que son objeto de intervención en la hechura de políticas públicas, programas o proyectos a adoptar en los territorios. Especialmente en aquellos espacios de toma de decisiones rela-

cionadas con la planeación y donde aún influyen, de manera abierta y sin contrapesos, las perspectivas técnicas, ideológicas y políticas de profesiones como las ingenierías, la arquitectura, el derecho, la administración pública, la economía, entre otras. Y que, en no pocas ocasiones, estas profesiones hacen valer sus posiciones más dogmáticas, limitadas y omisivas en torno a los problemas sociales y ambientales, la relevancia de lo simbólico/cultural y las sutilezas que amerita el tratamiento de las idiosincrasias y estilos de vida de las comunidades y de los mismos sistemas de relaciones de poder que despliegan los distintos actores y agentes territoriales.

Esta labor de *sensibilización* promovida por el Trabajador Social puede comenzar con la identificación y clasificación de los actores y agentes sociales y territoriales –que construyen lo local y, a la vez, son expresión de ello– y sus respectivos liderazgos. Piénsese en actores y agentes como los gobiernos en distintas escalas (municipal, estatal o provincial, federal), empresariado privado, grupos de presión, poderes fácticos ilegales o criminales, movimientos sociales, Organizaciones No Gubernamentales, académicos universitarios, grupos comunitarios organizados, familias de la comunidad local, clero, e, incluso, organismos internacionales. Esto con la finalidad de interactuar y dialogar con ellos; reconocer sus intereses y objetivos, así como su grado de cohesión social, identidad local o colectiva, e institucionalidad local; analizar las relaciones de interdependencia, cooperación, negociación, concertación o conflicto que protagonizan; comprender los alcances de su papel en la toma de decisiones, la dotación de saberes, recursos, técnicas y estrategias que poseen, y las prácticas, acciones e intervenciones que realizan por cuenta propia sobre el territorio (ejemplos de identificación de actores y agentes territoriales y de la apropiación y reapropiación diferenciada que realizan del territorio pueden verse en Enríquez Pérez, 2006 y 2011).

De ahí que el Trabajador Social, a través de la *sensibilización* y el oficio político se oriente a articular actores y agentes locales con la finalidad de promover la participación, asociación, cooperación, identificación con la problemática y los objetivos planteados (la construcción o perfeccionamiento de una identidad territorial), y el logro de acuerdos y consensos necesarios para los proyectos de desarrollo local/regional. Todo esto nos lleva a la relevancia de la participación social en los procesos de intervención, por oposición a los ejercicios de planeación definidos desde el escritorio de las oficinas de gobierno, o desde los organismos internacionales y las agencias de cooperación internacional (para mayores detalles sobre las metodologías relativas a proyectos de desarrollo local/regional véase Silva Lira y Sandoval, 2012; ILPES, 1998; sobre la promoción social y la planeación participativa revísese Shugurensky L., 1989; García Maldonado, 1990). En suma, con esta labor, el Trabajador Social podría erigirse como un *motivador y facilitador de la participación social* en los proyectos de desarrollo local/regional.

Además, el Trabajador Social puede contribuir con sus conocimientos y destrezas a interpretar la formación y evolución de la identidad regional y analizar cómo se expresan esos fenómenos simbólico/culturales en la hechura de políticas públicas y

en el ejercicio de proyectos de desarrollo local/regional, relacionándolos con la llamada vocación territorial.

A grandes rasgos, tenemos que el especialista en Trabajo Social puede erigirse o posicionarse –directa o indirectamente– como investigador de los procesos regionales/territoriales y de la inscripción y manifestación de los fenómenos sociales en estos; en participante activo y sensible dentro de equipos y grupos de trabajo dedicados a la planeación de políticas y estrategias macro, meso y/o micro/regionales; así como en un gestor, promotor y evaluador de proyectos de desarrollo local/regional.

Finalmente, ante este escenario resulta preciso que la disciplina del Trabajo Social, al abordar los estudios sobre el desarrollo, tenga como telón de fondo la inquietud por reivindicar la reflexión e investigación sobre la génesis y comportamiento de desigualdad social y, especialmente, reflexionar en torno a sus posibles soluciones y las formas en que dicha disciplina puede intervenir en el fenómeno para materializar las alternativas. Para ello, resulta preciso reflexionar sobre las formas en que se actualiza el fenómeno de la desigualdad en el mundo contemporáneo a través de la emergencia y profundización de problemáticas como la explotación, la exclusión social, la marginalización, el fin de la sociedad salarial, la masiva crisis de desempleo y el socavamiento y redefinición de un sin fin de entramados institucionales ante la intensificación de los procesos de globalización y la proliferación de poderes fácticos que los laceran *desde afuera* y *desde adentro* (la expansión e integración global del capitalismo, la irradiación transnacional del crimen organizado), *desde arriba* (las prácticas empresariales que evaden el cumplimiento de la ley, los medios masivos de difusión y su incidencia en el comportamiento de los individuos y familias) y *desde abajo* (la corrupción y la impunidad, los movimientos guerrilleros, paramilitares y separatistas). Todo ello, por supuesto, marcha a la par de la necesidad de profundizar en la atención de los sectores sociales excluidos e invisibilizados por el sistema económico, político y educativo.

7. Consideraciones finales sobre la investigación.

Pare estudiar el proceso de desarrollo e intervenir en su dinámica, resulta de la mayor pertinencia que el especialista en Trabajo Social dialogue con otras disciplinas y comprenda o asimile su lenguaje. Que abrevie lo mismo de las ciencias económicas, el conocimiento geográfico, de ciencias políticas como la sociología y las relaciones internacionales, de los estudios regionales, de las teorías del desarrollo y del subdesarrollo, la historia, la ecología política, la economía ecológica, el urbanismo, etc. Esto es, el ejercicio de la interdisciplinariedad resulta fundamental para la formación y el desempeño profesional del Trabajador Social. Con la investigación interdisciplinaria, este profesionalista se dotará de variados, amplios y sólidos conocimientos que contribuyan –en aras de crear conceptos y categorías propios para

incidir en la teorización de la dialéctica desarrollo/subdesarrollo– a una mayor sistematización y análisis de las acciones pragmático/empíricas propias de la promoción e intervención social; así como a una mayor y provechosa presencia en los procesos de planeación desplegados en las distintas escalas territoriales y que marcan el imperativo de fomentar la participación de distintos actores y agentes socioeconómicos y políticos que poseen identidades, saberes, intereses, estrategias de apropiación territorial, y recursos diferenciados y preñados de distintas perspectivas político/ético/ideológicas.

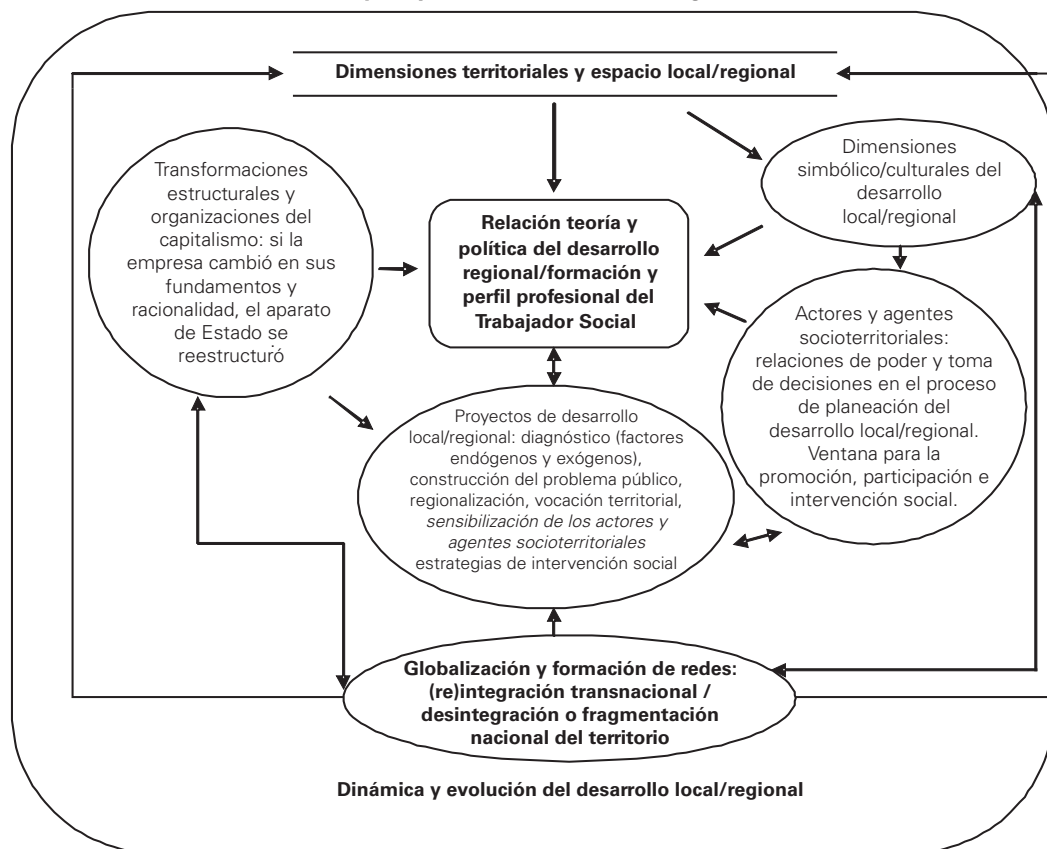
Tanto el oficio académico interdisciplinario como el trabajo relacionado con la planeación y el diseño de proyectos de desarrollo local/regional, precisan de que el Trabajador Social –al formar parte de esos grupos– despliegue esa labor de *sensibilización empática y compenetradora* para hacer valer sus análisis, explicaciones, interpretaciones, puntos de vista u opiniones en torno a la cuestión social, sus complejas problemáticas, y las posibles técnicas y estrategias de intervención para el tratamiento y posibles soluciones de los problemas públicos suscitados en los territorios locales/regionales.

Todo ello implica que el Trabajo Social sea reivindicado, valorado y revalorado –sea por los propios Trabajadores Sociales, que en no pocas ocasiones tienden a retraerse y subestimarse, o por otras ciencias y profesiones que muestran un complejo de superioridad y arrogancia– como una disciplina con pretensiones teóricas propias y orientada a la sistematización del conocimiento que puede brindar una valiosa luz en torno a los fenómenos sociales, sus contradicciones y complejidades, y respecto al tratamiento de los problemas públicos y sus expresiones territoriales.

Por último pero no al último, reconocer el debate teórico en torno a constructos como espacio, territorio, región, desarrollo, desarrollo local/regional, el impacto de la globalización en las escalas locales, entre otros, es necesario para contar con la suficiente claridad respecto a sus nociones y conceptos, así como a la incidencia recíproca de estos fenómenos en el proceso de planeación y las vías que abre para la promoción, participación e intervención social en los espacios locales/regionales y que son desplegadas por el Trabajador Social. Hoy en día, debido al grado de integración transcontinental ya no podemos obviar ni asumir como distantes y ajenos la constelación de fenómenos y procesos relacionados con la intensificación de los procesos de globalización y la reconfiguración de las distintas escalas espaciales y territoriales a escala planetaria, y que impactan abiertamente en los espacios locales que experimentan problemas sociales específicos. Siendo lo local/regional la dimensión territorial desde donde se abren importantes ventanas para el ejercicio del *pensamiento utópico* y la construcción de alternativas de cara a un mundo contemporáneo que se torna comprimido o unificado, incierto, volátil y plagado de contradicciones que tienden a profundizar la desigualdad social e internacional y a multiplicar los mecanismos de exclusión social que subsumen e invisibilizan a territorios e importantes segmen-

tos de la población. Ello, sin duda, constituye un llamado y un fuerte imperativo para un mayor ejercicio del oficio de la investigación en la disciplina del Trabajo Social, y para el perfeccionamiento de las acciones empírico/pragmáticas que privilegian en esta profesión la promoción, participación e intervención social.

Anexo.-La incidencia recíproca entre el Trabajo Social, los estudios regionales y las políticas del desarrollo regional.



Elaboración propia

8. Bibliografía

Acosta, A. 2009. *La maldición de la abundancia*. Quito (Ecuador): Comité Ecuménico de Proyectos, Swissaid y Ediciones Abya-Yala.

– 2013. *Buen Vivir-sumak kawsay: una oportunidad para repensar otros mundos*. Barcelona: Editorial ICARIA.

- 2014. “El Buen Vivir, más allá del desarrollo”, en: Gian Carlo Delgado Ramos (Coord.), *Buena Vida, Buen Vivir: imaginarios alternativos para el bien común de la humanidad*. México: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (CEIICH)/UNAM, pp. 21-60.
- y Martínez, E. (Editores). 2009. *El Buen Vivir: Una vía para el desarrollo*. Quito: Ediciones Abya Yala.
- Aguilar, A. G. 1999. “Mexico City growth and regional dispersal: the expansion of largest cities and new spatial forms”, in: *Habitat International*, volume 3, number 23, pages 391-412.
- Alba Vega, C. 2007. “Globalización y desarrollo regional en México”, en: José Luis Calva (Coord.), *Políticas de desarrollo regional*. México: Editorial Miguel Ángel Porrúa, UNAM y H. Cámara de Diputados, pp. 34-55.
- Alimonda, H. (Comp.). 2002. *Ecología política. Naturaleza, sociedad y utopía*. Buenos Aires: CLACSO.
- Barkin, D. y Timothy K. 1970. *Desarrollo económico regional: enfoque por cuencas hidro-lógicas de México*. México: Siglo XXI Editores.
- Bassols Batalla, A. [1992 (1979)]. *México: formación de regiones de economías. Influencias, factores y sistemas*. México: UNAM.
- [2002 (1970)], *Geografía socioeconómica de México. Aspectos físicos y económicos por regiones*. México: Editorial Trillas.
- Boisier, S. 2005. “¿Hay espacio para el desarrollo local en la globalización?”, en: *Revista de la CEPAL*, Santiago de Chile, Naciones Unidas-CEPAL, núm. 86, agosto, pp. 47-62.
- Burdett, R y Rode, P. 2018. *Shaping cities in an urban age*. London: Phaidon Press.
- Castells, M. [2002 (1996)]. *La era de la información. Economía, Sociedad y cultura (La sociedad red)*, volumen I. México: Siglo Veintiuno Editores.
- y Hall, P. [2001 (1994)]. *Las tecnópolis del mundo. La formación de los complejos industriales del siglo XXI*. Madrid: Alianza Editorial.
- Coleman, J. 1990. *Foundations of social theory*. Cambridge: Massachusetts, Harvard University Press.
- Coll, J. M. (Editor). 2016. *Wise cities. A new paradigm for urban resilience, sustainability and well-being*. Barcelona: Centro for International Affairs.
- Delgadillo Macías, J. 2008. “Desigualdades territoriales en México derivadas del Tratado de Libre Comercio de América del Norte”, en: *Eure. Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales*, Santiago de Chile, Pontificia Universidad Católica de Chile, volumen XXXIV, núm. 101, abril, pp. 71-98.
- (Coord.). 2004. *Planeación territorial, políticas públicas y desarrollo regional en México*. México: CRIM/UNAM.
- , Torres Torres, F. y Gasca Zamora, J. 2001. *El desarrollo regional de México en el vértice de dos milenios*. México: UNAM y Miguel Ángel Porrúa.
- Enríquez Pérez, I. 2006. “La respuesta social mesoamericana y los esfuerzos por articular estrategias alternativas al desarrollo”, en: Felipe Torres Torres y José Gasca Zamora (Coordinadores), *Los espacios de reserva en la expansión global del capital. El sur-sureste mexicano de cara al Plan Puebla-Panamá*. México: UNAM y Plaza y Valdés Editores, pp. 295-317.

- 2010. *La construcción social de las teorías del desarrollo: un estudio histórico/crítico para incidir en el diseño de las políticas públicas*. México: Editorial Miguel Ángel Porrúa y H. Cámara de Diputados.
- 2011. “Las concepciones sobre el desarrollo regional en las políticas públicas del sureste mexicano y en los proyectos autogestivos de las comunidades locales”, en: *OBETS. Revista de ciencias sociales*, Alicante, Universidad de Alicante, volumen 6, núm. 2, diciembre, pp. 185-218.
- 2016. *Las estrategias de desarrollo y los avatares de la planeación nacional: un estudio sociohistórico para la reconstrucción de un paradigma perdido en las políticas públicas mexicanas*. Saarbrücken (Alemania): Editorial Dictus.
- 2017. “Variaciones en torno a la noción del concepto de desarrollo: notas introductorias para la definición de un constructo con implicaciones teóricas y políticas”, en: *Filosofía de la Economía. Revista del Centro de Investigación en Epistemología de las Ciencias Económicas*. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, volumen 6, número 1, pp. 23-41.
- Espacia, J., Escribano, J. y Serrano J. J. 2016. “Una aproximación al enfoque del capital social y a su contribución al estudio de los procesos de desarrollo local”, en: revista *Investigaciones Regionales*, Asociación Española de Ciencia Regional, núm. 34, pp. 49-71.
- García Canclini, N. [1990 (1989)]. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Editorial Grijalbo.
- García Maldonado, J. V. 1990. *Planeación participativa para el desarrollo de la comunidad*. México: CREFAL, Colección Apuntes del Promotor.
- Garza Villarreal, G. 1983. “Desarrollo económico, urbanización y políticas urbano-regionales en México (1900-1982)”, en: revista *Demografía y economía*, México, El Colegio de México, volumen 17, núm. 2 (54), pp. 157-180.
- 2000. “Tendencias de las desigualdades urbanas y regionales en México, 1970-1996”, en: revista *Estudios demográficos y urbanos*. México: El Colegio de México, volumen 15, núm. 3 (45), septiembre-diciembre, pp. 489-532.
- Gasca Zamora, J. 2009. *Geografía regional: la región, la regionalización y el desarrollo regional en México*. México: Instituto de Geografía/UNAM.
- Geiger, P. 1996. “Des-territorialização e espacialização”, en: Milton Santos, Maria Adélia A. de Souza e Maria Laura Silveira (Coords.), *Territorio: globalização e fragmentação*. São Paulo: Editora Hucitec, pp. 223-246.
- González de Molina, M. V. 2014. *The social metabolism: A socio-ecological theory of historical change*. Cham (Switzerland): Springer International Publishing.
- Grupo Permanente de Trabajo sobre Alternativas al Desarrollo (varios autores). 2011. *Más allá del desarrollo*. Quito: Fundación Rosa Luxemburg/Abya Yala.
- Gudynas, E. 2014. “El postdesarrollo como crítica y el Buen Vivir como alternativa”, en: Gian Carlo Delgado Ramos (Coord.), *Buena Vida, Buen Vivir: imaginarios alternativos para el bien común de la humanidad*. México: CEIICH/UNAM, pp. 61-95.
- Hiernaux Nicolas, D. y Lindón, A. 1993. “El concepto de espacio y el análisis regional”, en: *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*. México: Instituto Mora, Nueva Época, Núm. 25, enero-abril, pp. 89-110.
- Ianni, O. 1996. *Teorías de la Globalización*. México: Siglo XXI Editores y CEIICH/UNAM.
- [1999 (1996)]. *La era del globalismo*. México: Siglo XXI Editores.

- ILPES 1998. *Manual de desarrollo local*. Santiago de Chile: ILPES/ONU-CEPAL.
- Leff, E. 2006. *Aventuras de la epistemología ambiental. De la articulación de ciencias al diálogo de saberes*. México: Siglo XXI Editores.
- 2008. *Discursos sustentables*. México: Siglo XXI Editores.
- Moore, J. W. 2016. "Introduction. Antropocene or capitalocene? Nature, history, and the crisis of capitalism", en: Jason W. Moore (Editor), *Antropocene or capitalocene? Nature, history, and the crisis of capitalism*. Dexter (Michigan): PM Press and Kairos, pp. 1-11.
- Norberg-Hodge, H. 2019. *Local is our future: Steps to an economics of happiness*. United Kingdom; Local Future.
- Kliksberg, B. y Tomassini, L. (Compiladores) 2000. *Capital social y cultura: claves estratégicas para el desarrollo*. Buenos Aires: BID, Fundación Felipe Herrera Lane, Universidad de Maryland y Fondo de Cultura Económica.
- León, I. (Coord.). 2010. *Buen Vivir y cambios civilizatorios*. Quito: FEDAEPS.
- Miklos, T. 2000. "Criterios básicos de planeación", en: Tomás Miklos (Coordinador), *Las decisiones políticas. De la planeación a la acción*. México: Instituto Federal Electoral y Siglo XXI Editores, pp. 1-80.
- Monclus, F. J. (Editor). 1998. *La Ciudad Dispersa. Suburbanización y Nuevas Periferias*. Barcelona: Centre de Cultura Contemporània
- Montañez Gómez, G. y Delgado Mahecha, O. 1998. "Espacio, territorio y región: conceptos básicos para un proyecto nacional", en: *Cuadernos de geografía. Revista colombiana de geografía*, Bogotá (Colombia), Universidad Nacional de Colombia, volumen VII, números 1-2, pp. 120-134.
- Ornelas Delgado, J. 1993. *Estructuración del territorio y política regional en México*. México: Universidad Autónoma de Tlaxcala, Primera Edición.
- Paskaleva, K. A. 2009. "Enabling the smart city: the progress of city e-governance in Europe", in: *International Journal of Innovation and Regional Development*, Volume 1, Issue 4, pages 405-422.
- 2011 "The smart city: a nexus for open innovation?", in: *Journal Intelligent Buildings - rto* (Comp.) (2017), *El pensamiento ambiental del sur: complejidad, recursos y ecología política latinoamericana*, Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Perroux, F. 1950. "Economic space: theory and applications", in: *The Quarterly Journal of Economics*, volume 64. Cambridge: The MIT Press, pp. 89-104.
- 1955. "Note sur la notion de poles croissance", en: *Economic Appliquee*, N° 1 & 2, pp. 307-320.
- Polanyi, K. [2003 (1944)]. *La gran Transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica (FCE).
- Porter, M. E. [1993 (1986)]. *La ventaja competitiva de las naciones*. Buenos Aires: Javier Vergara Editor.
- Putnam, R. D. 1993. *Making Democracy Work. Civic traditions in modern Italy*. Princeton: Princeton University Press.
- Santos, M. 1986. "Espacio y método", en: *Geocrítica. Cuadernos críticos de geografía humana*, Barcelona, Universidad de Barcelona, año XII, núm. 65.
- [2000 (1996)]. *La naturaleza del espacio*. Barcelona: Editorial Ariel.

Sassen, S. (1991), *The Global City. New York, London, Tokio*. New Yor: Princeton University Press.

– 2007^a. “Una sociología de la globalización,” en: revista *Análisis Político*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, núm. 61, septiembre-diciembre, pp. 3-27.

– 2007b. “El reposicionamiento de las ciudades y regiones urbanas en una economía global: ampliando las opciones de políticas y gobernanza,” en: *Eure. Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales*, Santiago de Chile, Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales de la Pontificia Universidad Católica de Chile, volumen XXXIII, núm. 100, diciembre, pp. 9-34.

Scott, A. 2002. “Regiones urbano-globales. Dilemas de planeación y de política en un mundo neoliberal,” en: Jorge Basave, Alejandro Dabat, Carlos Morera, Miguel Ángel Rivera Ríos y F. Rodríguez (Coord.), *Globalización y alternativas incluyentes para el Siglo XXI*. México: UNAM, y Editorial Miguel Ángel Porrúa, pp. 513-539.

Secretaría de Programación y Presupuesto (SPP). 1985. “Reflexiones sobre planeación en México 1917-1985,” en: *Antología de la planeación en México (1917-1985). Primeros intentos de planeación en México (1917-1946)*, volumen I. México: SPP y FCE, pp. 17-134.

Shugurensky L. D. 1989. *Introducción al mundo de la promoción social*. México: CRE-FAL, Colección Apuntes del Promotor, Primera Edición.

Silva Lira, I. y Sandoval, C. 2012. *Metodología para la elaboración de estrategias de desarrollo local*. Santiago de Chile, núm. 76, ILPES/CEPAL.

Soja, E. 1989. *Postmodern geographies. The reassertion of space in critical social theory*. London: Verso/New Left Books.

Soler García, C., Caballero Segarra, E. y Nogués Pedregal, A. M. (Coords.). 2014. *Conversatorio sobre interculturalidad y desarrollo*. Elche: Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación (Gobierno de España) Universitat Miguel Hernández y Universidad Andina Simón Bolívar, 151 pp.

Toledo, V. M. (2015), *Ecocidio en México. La batalla final es por la vida*. México: Editorial Grijalbo.

– 2019. *Los civilizacionarios. Repensar la modernidad desde la ecología política*. México: UNAM y Juan Pablos Editor.

Torres Torres, F. 2009. “El falso mito sobre la imposible elaboración teórica en Trabajo Social,” en: revista *Trabajo Social UNAM*, México, Escuela Nacional de Trabajo Social de la UNAM, número 20, pp. 147-160.

– Delgadillo Macías, J., Gasca Zamora, J., Enríquez Pérez, I. 2009. *Formaciones regionales comparadas. Los casos de España, Italia y México*. México: IIEc/UNAM y El Colegio de Tlaxcala.

Unikel Spector, L. 1975. “Políticas de desarrollo regional en México,” en: revista *Demografía y economía*. México: El Colegio de México, volumen 9, núm. 2 (26), pp. 143-181.

Vázquez Barquero, A. 2005. *Las nuevas fuerzas del desarrollo*. España: Antoni Bosch Editor.

ARTICULOS/ARTICLES

El sentido de comunidad en la adaptación de los inmigrantes latinoamericanos / Sense of community in the adaptation of Latin American immigrants Mario Millán-Franco, Luis Gómez-Jacinto, María Isabel Hombrados-Mendieta y Gloria Kirwan	Págs 9-32
Correlation between emotional intelligence and problem-solving skills of greek social work students / Estudio de correlación entre la inteligencia emocional y las habilidades de resolución de problemas de los estudiantes griegos de trabajo social Charis Asimopoulos, Sophia Martinaki y Aggeliki Papaioannou	Págs 33-50
La necesaria simbiosis entre el Trabajo Social y el desarrollo regional: formación y perfil profesional para la intervención social en el territorio /The necessary symbiosis between Social Work and regional development: training and professional profile for social intervention in the territory Isaac Enríquez Pérez	Págs 51-80
La huella generacional del magisterio femenino en Extremadura (1958-2018) /The generational footprint of the female teachers in Extremadura (1958-2018) Santiago Cambero Cambero Rivero y Marta García Romero	Págs 81-107
Competencias y funciones profesionales: un análisis aplicado a la titulación de trabajo social en la universidad de la Rioja / Professional competences and functions: an analysis applied to the social work degree at the university of la Rioja Domingo Carbonero Muñoz, Ana Belén Cuesta Ruiz Clavijo y Neus Caparrós Civera, Cecilia Serrano-Martinez	Págs 109-137

RESEÑAS/REVIEWS

Rings, G., Rasinger, S. 2020. The Cambrigde Handbook of Intercultural Communication / El Cambridge Handbook sobre Comunicación Intercultural. Cambridge: Cambridge University Press (por Emilio Díaz de Mera)	Págs 139-141
--	--------------